

Conque de racismo se trata...

Dolores Pla

José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Benemérita Universidad de Puebla-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades/ Plaza y Valdés Editores, 2005, 181 pp.

En enero de 1994, indígenas chiapanecos con los rostros cubiertos con pasamontañas obligaron a quienes no los habían querido ver cuando estaban descubiertos a reconocer su presencia y, con ella, la de todos los indígenas de México. Reclamaron su derecho a ser aceptados como mexicanos poseedores de una cultura propia y diferenciada y denunciaron, entre otras cosas, el desprecio a que se les había sometido.

La sacudida del año 1994 hizo imposible cerrar los ojos, tanto en el seno de la sociedad mexicana en general, como en el mundo académico en particular, a una problemática que hasta entonces había sido prácticamente negada: el racismo a que se han visto y se ven sometidos los pueblos indios de México. Algunos académicos habían tocado esta antigua herida de la historia mexicana, entre ellos los antropólogos Santiago Genovés, Juan Comas, Guillermo Bonfil, Miguel Bartolomé y Alicia Barabas, pero el racismo distaba de ser un tema privilegiado en el ámbito de la antropología y menos aún en el conjunto de las ciencias sociales; ni siquiera

existía un trabajo sistemático al respecto.

En los últimos lustros, la situación ha cambiado. El tema ha sido seriamente abordado de forma sostenida por un conjunto de investigadores y ha dado lugar a resultados notables. Entre los estudiosos se cuentan los autores del libro que ahora nos ocupa, que constituye, asimismo, una aportación destacada al tema. Los cuatro trabajos que se recogen en *Los caminos del racismo en México*, bajo la coordinación de José Jorge Gómez Izquierdo, examinan “algunos aspectos de la gestación y presencia de la ideología racista en el pensamiento y discursos elaborados por las élites mexicanas durante los siglos XIX y XX” que contribuyeron de manera importante a “inventar una identidad colectiva de unidad y armonía” que se estimó necesaria para la consolidación de la nación mexicana.

Guy Rozat, en “El señor conde y la humanidad. Los prejuicios étnicos raciales de un viajero suizo decimonónico”, analiza una serie de cartas que el naturalista Henri de Saussure escribió a su familia durante su viaje a las Antillas y México, en los años de 1854 y 1856. En ellas se recogen comentarios sobre los habitantes de estas partes del planeta que permiten observar, en palabras de Guy: “un núcleo que bien vale la pena analizar y que —pensamos— pertenece a la matriz de la civilización occidental en sus relaciones con los demás” y que consiste básica-

mente en “una manera que tenían los occidentales de este periodo de apropiarse del mundo imbuidos en la creencia narcisista de su superioridad natural, instaurándose en el siglo XIX como los amos del universo”.

El naturalista suizo traía consigo una serie de prejuicios a partir de los cuales establecería sus relaciones con los americanos. Seguramente por eso podía opinar acerca de los mexicanos y de México bastante antes de desembarcar en sus costas: “México es un país de risa y los habitantes también son gente para reírse.” O ante la evidencia que le mostraba a los negros de la isla de Santo Tomás, (posesión danesa), como “trabajadores, activos, sonrientes”, progresando y “civilizándose” “sin golpes de palos”, no dejó de comentar que: “a pesar de todas estas cualidades, siguen siempre siendo negros, la riqueza no va con su color”; le parecen, en realidad, grotescos. Y en los negros haitianos creyó comprobar sin mayor contradicción “que sienten muy bien su inferioridad natural” o que un negro “es apenas un ser humano”. Pero, eso sí, los negros antillanos pueden ser muy buenos en el desempeño de alguna función si son dirigidos, por ejemplo, por ingleses. Bien comenta Rozat que de lo escrito por el suizo se puede desprender “la idea de que hay hombres nacidos para ser amos por sus eminentes cualidades naturales, y éstos en general son europeos, el

resto de la humanidad está hecha para servir y obedecer.”

Pero tampoco algunos blancos escapan a los comentarios de De Saussure. En Cuba observa manifestaciones de la cultura española que lo invitan a escribir: “Europa, es bien conocido, se termina en los Pirineos”; a fin de cuentas los españoles, entonces, no están demasiado lejos de los abominables negros.

Después de conocer su opinión sobre los habitantes de las Antillas, en la que pesa de manera fundamental el componente racial, el lector espera que en lo que se refiere a México haga comentarios sobre los indios, los criollos o los mestizos. No sucede así, ya que el suizo opina sobre los mexicanos —es decir, habitantes de una nación, no integrantes de una “raza”— en los siguientes términos: “Nada es más falso ni más alevoso que un mexicano...” y otras “perlas” por el estilo. En general, la parte del trabajo dedicada a México nos sabe a poco; el viajero enmudece apenas en las cercanías del Pico de Orizaba.

De cualquier manera, el texto cumple con la función que pretendió Guy Rozat: mostrar una “típica versión narcisista del occidental ilustrado de la primera mitad del siglo XIX” que todavía no constituye un pensamiento racista, en sentido estricto, sino que se trata de los prejuicios aristocráticos. Pero de estos elementos habrá de surgir poco tiempo después el racismo propiamente dicho: “Es ese rechazo de la igualdad humana proveniente de las antiguas identidades jerárquicas que las teorías científicas raciológicas de las décadas siguientes, con el racismo científico, vendrán a conformar y sistematizar”. Teorías

que impactarán en las formas de racismo que se reproducirán en el lado americano del Atlántico, como constatan los tres autores restantes en sus respectivos trabajos.

El segundo texto, “La degeneración de la raza a finales del siglo XIX. Un fantasma ‘científico’ recorre el mundo”, de Fernanda Núñez Becerra, comienza con la definición de racismo de André Taguieff según la cual se trata de una o varias teorías pseudocientíficas que pretenden explicar la desigualdad de las razas humanas y que afirma la superioridad de unas sobre otras a partir de un determinismo biológico. El hecho de que este planteamiento no se haya podido comprobar y de que posteriormente se haya invalidado también desde el ámbito científico, no impidió, sin embargo, que fuera aceptado por individuos y grupos sociales, y haya desembocado en actos de resentimiento, odio y violencia a veces inimaginables. Hay que denunciar y desmontar estas teorías que son insostenibles, plantea Fernanda Núñez.

La ciencia, más específicamente la medicina, jugó un papel determinante para decidir qué y quién estaba bien, en lo correcto o era normal, y quién no. Por eso la autora analizará las obras de algunos médicos mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, tiempos en que “la predominancia de lo biológico sobre el plano social” llevó a teorías descabelladas pero que tuvieron incidencia en tanto se permitió que estos personajes se convirtieran en “árbitros sociales”. Pasa revista a lo que se escribió en México acerca de los indios y los criminales, pero sobre todo de las prostitutas y observa: “Los grupos raciales que no formaban parte del

mundo ‘civilizado’ fueron caracterizados como infantiles y/o degenerados, igual que algunos sectores pobres de la sociedad, como los vagos y las prostitutas” (p. 73). Se consideraba entonces necesario limitar el impacto que pudieran tener en la sociedad, a fin de evitar la “degeneración de la raza”.

El tercer texto es de Alicia Castellanos Guerrero, “Para hacer nación: discursos racistas en el México decimonónico”. La autora —responsable también de otros trabajos hoy ya centrales para el conocimiento del racismo en México— plantea que en los tiempos posteriores a la Independencia, en el marco del impulso de un modelo de desarrollo capitalista y de una nación homogénea, los discursos que se generaron desde las élites ponían de manifiesto de qué manera se concebía al indígena y cómo se pensaba lograr la anhelada homogeneidad racial y cultural. En la nueva sociedad, que quería ser de “iguales”, la designación “indio” desapareció, pero la presencia indígena continuó siendo contundente y resultaba problemática. Era difícil para las élites mexicanas de la época compaginar el principio de “igualdad” entre diferentes, como lo implicaba esta presencia. Difícil les era también, ante la necesidad de encontrar símbolos de identidad nacional, integrar una de las dos herencias, la prehispánica —la otra era la española— a la que consideraban abominable. Los indios dificultaban o enturbiaban aun el principio de tolerancia religiosa, porque su religión era “idolatría” intolerable. Finalmente, pero no en último lugar, entorpecían el desarrollo del capitalismo al conservar la propiedad comunal, por lo que durante

el siglo XIX se arremetió contra este tipo de organización.

Sólo mediante la educación y la civilización de los indios se podrían salvar los obstáculos, concluyeron las élites ilustradas. La educación debería encargarse de destruir los idiomas y la mentalidad indígena, pero también el mestizaje —“cruzamiento” con blancos y criollos— (que, habría que decir, estaba muy lejos de entenderse como encuentro e intercambio entre iguales) y, por supuesto, la eliminación física de los indios cuando se considerara necesario. A manera de recapitulación, escribe la autora:

La igualdad de todos, los símbolos de identidad, la *sui generis* concepción de la tolerancia religiosa, la desaparición de la propiedad comunal para dar curso al desarrollo y progreso nacionales, la educación y civilización de los indios forman parte de prácticas discursivas y acciones del poder que se encaminan a su disolución y al predominio de la cultura blanca, criolla, mestiza y de la homogeneidad cultural.

Aunque hubo diferencias entre las voces dominantes, en especial entre liberales y conservadores, lo cierto es que, en palabras de Alicia Castellanos:

En el concierto de voces del poder encontramos un discurso racista de varios signos que inferioriza, sea bajo la argumentación de la igualdad —asimilación— [en el caso de los liberales] o la diferencia —separación— [en el caso de los conservado-

res]. Los estereotipos étnicos conforman un extenso léxico pronunciado por legisladores, funcionarios, intelectuales, científicos y periodistas que atribuyen su atraso, su minoría, a una inferioridad intrínseca y resultado de su estado de evolución, que persisten en el imaginario del poder y en su política para los pueblos indígenas, después de casi dos siglos de que se consumara la independencia nacional y se iniciara la construcción de la nación mexicana.

El texto termina con un apartado, “Resistencia étnica”, que parece de lo más pertinente porque significa exponer el otro lado de la misma moneda. Ahí se da cuenta de la resistencia que opusieron los pueblos indios y que se tradujo en rebeliones campesinas e indígenas a lo largo del siglo XIX en prácticamente todo el territorio nacional, manifestando “la oposición al modelo de nación y desarrollo en proceso y al racismo que atraviesa las relaciones con el Estado y las élites, y que implicaban la disolución de sus formas de vida.”

El último trabajo es el del coordinador de la obra, “Racismo y nacionalismo en el discurso de las élites mexicanas: Historia Patria y Antropología Indigenista”. Se ocupa de un periodo que va de finales del siglo XIX hasta el término del gobierno de Lázaro Cárdenas y analiza la relación entre nacionalismo y racismo, revisando los textos que sirvieron para enseñar historia patria a los niños y los planteamientos de la antropología indigenista. Al igual que en los textos que le preceden, en éste el interés se centra en los discursos

que generaron las élites, en buena medida porque influyen “en lo que la gente común y corriente piensa y dice sobre los indios, lo cual conduce directamente al mantenimiento del *status quo* étnico/racial”. Escribe el autor:

En los textos producidos por las élites que he revisado se tiende a confirmar los estereotipos simples y los prejuicios propiamente racistas que pintan al otro/indio no sólo como pobre, pasivo, atrasado, sino como criminal, fanático, amenaza potencial, vicioso. Se trata de un discurso que quiere contrastar el carácter heterogéneo o de diferencia cultural del indio en relación a la homogeneidad de nuestro lenguaje nacional, nuestra religión verdadera, nuestra moral correcta, nuestras costumbres sanas y, muy importante, nuestra bella apariencia estética criolla/mestiza sancionada como la norma nacional hegemónica.

La educación popular —como se lo planteaban las élites estudiadas por Alicia Castellanos— ha sido clave para la formación de la nación; es la que encierra las “referencias simbólicas” a través de las cuales se genera el sentimiento de pertenencia a la misma. Ha planteado el pasado al menos desde dos enfoques: el hispanista y el indigenista. El primero coloca en el centro de la formación de la mexicanidad a la Conquista, el segundo, lo indio. Pero, explica el autor, de fondo no han diferido, entre otras cosas comparten una paradoja característica del nacionalismo mexicano: “la imagen espeluznante sobre los antiguos

mexicanos debe conciliarse con la necesidad de fundamentar el orgullo nacional en las tradiciones más antiguas de los primeros habitantes del territorio que ahora ocupa México." Esta "imagen espeluznante" ha tenido consecuencias graves, entre ellas fortalecer el racismo contra los indios y, entre la población que se reconoce como "muy cercana a la raza indígena", despierta baja autoestima y sentimientos de inferioridad que se traducen en una población sumisa que hace escarnio de sí misma.

Finalmente, también habría un acuerdo básico en aceptar que la salida al "problema indio" es el mestizaje: "Lo indio debe ser integrado, diluido en la corriente occidental, que en México debe adquirir la adecuada forma mestiza: ni indio puro, ni español puro, simplemente mestizo, fusión de maravillas". Esto implica, por supuesto, la desaparición del mundo indio, que, en el mejor de los casos, paulatinamente y partiendo del respeto a sus culturas, lo iría integrando a la "civilización superior" y convirtiéndolo en miembro activo de la nación y ciudadano pleno, lo que significaría, desde luego, el reconocimiento del Estado como representante exclusivo de la nación.

La política indigenista, representada sobre todo por Manuel Gamio, significó cambios importantes pero también continuidades: "si bien revaloró la herencia, las costumbres y la estética indias y negó la inferioridad racial del indio como la causa primaria de su atraso, no dejó, a pesar de todo, de repetir el viejo imperativo indigenista: ¡hay que desindianizar e

incorporar al indio a la verdadera civilización!" Finalmente:

El indigenismo no puede conciliar la exigencia nacionalista de avanzar en el proceso de homogeneización según lo que establece la civilización occidental con la aspiración, también nacionalista, a rescatar y conservar lo propio indígena. El indio debe desaparecer como tal para que la nación mexicana cumpla su destino, afianzada en la misma cultura y representada por un tipo racial uniforme, orientada según los paradigmas y estilos occidentales.

Así, escribe el autor: "La embajada transmitida por la Historia Patria y por el *indigenismo nacional/revolucionario* es muy clara: para sobrevivir en la guerra social por la existencia, el indio [...] tendrá que hacerse mestizo".

Aunque quizás es pedirle demasiado a un texto que ya es rico y complejo, creo que hubiera sido útil presentar los diversos planteamientos —sobre todo en el análisis de los libros de historia patria— con un orden cronológico más estricto a fin de poder observar continuidades y, seguramente, rupturas. De otro modo, parecería que no cambió prácticamente nada en la manera de entender la historia nacional, y dentro de ella el "problema indio", en casi un siglo —desde Francisco Pimentel (1864) a Lázaro Cárdenas (1934)—, lo cual seguramente es impreciso.

Por otra parte, el tema es apasionante y el autor no escapa a

lo que le ha sucedido a otros que se han ocupado del mismo: tratarlo apasionadamente —como él mismo menciona—, lo cual en ocasiones lo lleva a hacer afirmaciones que seguramente serán discutidas, como que los sacrificios humanos que se han atribuido a las antiguas culturas mesoamericanas son un hecho sin comprobar, y que los textos escritos por los soldados y misioneros donde se registraron los sacrificios no han sido sometidos "ni una sola vez" a la mirada crítica de historiadores y antropólogos para ver en ellos "los motivos ocultos" que los llevaron a escribir lo que escribieron. Seguramente también habrá historiadores que disientan con la siguiente afirmación de José Gómez: "la actividad central del español fue el saqueo o la explotación señorial/parasitaria, más que la construcción de una economía productiva" y que quizá opinen que muy bien puede convivir una economía productiva con un alto nivel de explotación.

Espero haber mostrado algunas de las líneas generales de los trabajos; sólo la lectura detenida del libro permitirá al lector valorar de manera adecuada los tres elementos que integran los textos: los planteamientos teóricos de los que parten, la bibliografía y las fuentes que los sustentan, y las diversas reflexiones e interpretaciones que estos elementos despiertan en los autores. Antes de terminar, sólo quiero decir que durante la lectura del libro acudí a mí permanentemente una frase de Guillermo Bonfil: "La presencia rotunda e inevitable de nuestra ascendencia india es un espejo en el que no queremos mirarnos".